

## Materia: SOCIOLOGÍA

---

Profesor: Mgter. Benjamín Juárez

### CITAS DE REFERENCIA PARA ALGUNOS CONCEPTOS CLAVE

#### ***Asociaciones; SEGÚN ARISTÓTELES***

*La Política* [PRIMER PÁRRAFO DEL LIBRO]

Todo estado consiste en una asociación, y **toda asociación se forma siempre con miras a algún bien**, puesto que los hombres obran siempre en vistas de aquello que les parece bueno. Y de acuerdo con este principio, es evidente que todas las asociaciones tienden hacia un bien de alguna especie. Por lo mismo, el más elevado de todos los bienes debe ser el objeto de la más importante de las asociaciones, y que comprende en sí misma todas las demás. Y esta asociación es precisamente el “Estado”, o bien, la comunidad política.

#### ***Sobre la propagación de creencias y deseos; SEGÚN GILLES DELEUZE & FÉLIX GUATTARI***

*Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia.* [1980] (2002)

*Capítulo: Micropolítica y segmentaridad*

HOMENAJE A GABRIEL TARDE (1843 – 1904) Durkheim consideraba como un objeto privilegiado las grandes representaciones colectivas, generalmente binarias, resonantes, sobrecodificadas... Tarde objeta que las representaciones colectivas suponen lo que hay que explicar, a saber, “la similitud de millones de hombres”. De ahí que Tarde se interesase más por el mundo del detalle, o de lo infinitesimal: las pequeñas *imitaciones, oposiciones e invenciones*, que constituyen toda una materia subrepresentativa. Y sus mejores páginas son aquellas en las que analiza una minúscula innovación burocrática, o lingüística, etc. Los durkheimianos respondieron que eso era psicología o interpsicología, no sociología. Pero eso es sólo cierto en apariencia, en una primera aproximación: una microimitación parece ir de un individuo a otro. Ahora bien, al mismo tiempo, y a un nivel más profundo, está relacionada con un flujo o una onda, y no con el individuo. *La imitación es la propagación de un flujo; la oposición es la binarización, el establecimiento de una binaridad de los flujos; la invención es una conjugación o una conexión de diversos flujos.* Y ¿qué es un flujo según Tarde? Es creencia o deseo (los dos aspectos de todo agenciamiento), un flujo siempre es de creencia y de deseo. **Las creencias y los deseos son la base de toda sociedad**, porque son flujos, y como tales “cuantificables”, verdaderas Cantidades sociales, mientras que las sensaciones son cualitativas, y las representaciones, simples resultantes.

## ***Socialización y Sociedad. El problema de la Sociología; SEGÚN GEORG SIMMEL***

*Sociología: Estudios Sobre las Formas de Socialización* [1908] (1939-2015) SELECCIÓN

Parto de la más amplia concepción imaginable de la sociedad, procurando evitar en lo posible la contienda de las definiciones. La sociedad existe allí donde varios individuos entran en acción recíproca. (13)

Para conocer al hombre no le vemos en su individualidad pura, sino sostenido, elevado o, a veces también, rebajado por el tipo general, en el que le ponemos. Aun cuando esta transformación sea tan imperceptible que ya no podamos reconocerla inmediatamente; aún en el caso de que nos fallen los habituales conceptos característicos, como moral e inmoral, libre o siervo, señor o esclavo, etc., designamos interiormente al hombre, según cierto tipo, inexpresable en palabras, con el que no coincide su ser individual. Todos somos fragmentos, no sólo del hombre en general, sino de nosotros mismos. Somos iniciaciones, no sólo del tipo humano absoluto, no sólo del tipo de lo bueno y de lo malo, etc., sino también de la individualidad única de nuestro propio yo, que, como dibujado por líneas ideales, rodea nuestra realidad perceptible. Pero la mirada del otro completa este carácter fragmentario y nos convierte en lo que no somos nunca pura y enteramente. (39-40)

En general, la sociología se ha limitado a estudiar aquellos fenómenos sociales en donde las energías recíprocas de los individuos han cristalizado ya en unidades, ideales al menos. [Pero] aparte de los organismos visibles que se imponen por su extensión y su importancia externa, **existe un número inmenso de formas de relación y de acción entre los hombres, que, en los casos particulares, parecen de mínima monta, pero que se ofrecen en cantidad incalculable y son las que producen la sociedad**, tal como la conocemos, intercalándose entre las formaciones más amplias, oficiales, por decirlo así. (25)

Lo que dificulta la fijación científica de semejantes formas sociales, de escasa apariencia, es al propio tiempo lo que las hace infinitamente más importantes para la comprensión más profunda de la sociedad: es el hecho de que, generalmente, no estén asentadas todavía en organizaciones firmes, supraindividuales, sino que en ellas la sociedad se manifieste, por decirlo así, en *status nascens*, claro es que no en su origen primero, históricamente inasequible, sino en aquel que trae consigo cada día y cada hora. Constantemente se anuda, se desata y torna a anudarse la socialización entre los hombres, en un ir y venir continuo, que encadena a los individuos, aunque no llegue a formar organizaciones propiamente dichas. Se trata aquí de los **procesos microscópico-moleculares** que se ofrecen en el material humano; pero que **constituyen el verdadero acontecer, que después se organiza o hipostasia en aquellas unidades y sistemas firmes, macroscópicos**. Los hombres se miran unos a otros, tienen celos mutuos, se escriben cartas, comen juntos, se son simpáticos o antipáticos, aparte de todo interés apreciable, el agradecimiento producido por la prestación altruista posee el poder de un lazo irrompible; un hombre le pregunta a otro el camino, los hombres se visten y arreglan unos para otros, y todas estas y mil relaciones momentáneas o duraderas, conscientes o inconscientes, efímeras o fecundas, que se dan entre persona y persona, y de las cuales se entresacan arbitrariamente estos ejemplos, nos ligan incesantemente unos con otros. [...] Se trata de aplicar a la coexistencia social el principio de las acciones infinitas e infinitamente pequeñas, que ha resultado tan eficaz en las ciencias de la sucesión: la Geología, la Teoría biológica de la evolución, la Historia. (26)

Los pasos infinitamente pequeños crean la conexión de la unidad histórica; las acciones recíprocas de persona a persona, igualmente poco apreciables, establecen la conexión de la unidad social. Cuanto sucede en el campo de los continuos contactos físicos y espirituales, las excitaciones mutuas al placer o al dolor, las conversaciones y los silencios, los intereses comunes y antagónicos, es lo que determina que la sociedad sea irrompible; de ello dependen las fluctuaciones de la vida, en virtud de las cuales sus elementos ganan, pierden, se transforman incesantemente. Acaso partiendo de este punto de vista, se logre para la ciencia social lo que se logró con el microscopio para la ciencia de la vida orgánica. [...] la vida fundamental, propiamente dicha, la constituyen aquellos procesos incontables que tienen lugar entre los elementos más pequeños, y que se combinan luego para formar los macroscópicos [...] trátase de descubrir los hilos delicados de las relaciones mínimas entre los hombres, en cuya repetición [...] continua se fundan aquellos grandes organismos que se han hecho objetivos y que ofrecen una historia propiamente dicha. (27)

## ***Consideraciones sobre la simetría entre grupos de edad;* DE HOWARD BECKER**

*23 ideas sobre la juventud* [2008]

Todos (al menos todos los de más de cierta edad) saben –no es más que sentido común– que, en cada época histórica, la “juventud” causa todos, o al menos la mayoría, de los problemas del mundo. No tienen ningún respeto por la tradición o la autoridad, hacen cosas que los lastiman físicamente y, especialmente, mentalmente: alcohol y drogas, pero también (dependiendo de la época) pasan demasiado tiempo en el cine, mirando televisión, o jugando juegos de computadora. Toman demasiados riesgos. No son prudentes. Siempre son unos tremendos hinchapelotas y es por causa de ellos que todo nuestro país y el mundo entero se van a ir al diablo.

Algunos de estos mismos jóvenes, de la misma generación y a veces las mismas personas, veinte o treinta años después de que han sido una juventud problemática, dirigen el país, ocupan puestos importantes en la política y en la sociedad, disfrutan de un gran pasar y de influencia. Danny the Red. Sir Paul McCartney. Harold Pinter. Y así sucesivamente. Elegí los ejemplos que quieras.

Esta paradoja se da repetidas veces a lo largo de la historia. Todo el mundo lo sabe pero no evita que la gente mayor siga encontrando los mismos problemas en la juventud de su tiempo.

Pero de la misma manera, todos (al menos todos los de menos de una cierta edad) sabe que en cada época “los viejos” son el problema. Tienen demasiado respeto por la autoridad y la tradición. Siempre votan por la gente equivocada. Pasan demasiado tiempo en el cine, toman demasiado, es común que coman demasiado también, y gastan demasiada plata del país en sus propias necesidades, que no demandarían tanto cuidado especial si vivieran vidas más apropiadas. Evitan el riesgo, se preocupan del futuro (especialmente el suyo propio), y nos cargan con el costo de su propio bienestar continuo.

Muchas de estas personas eran apasionadas en su juventud. Mostraban gran promesa y podrían haber llegado a algo si no se hubieran vendido, dado el brazo a torcer, o bajado los brazos, o acomodados al status quo, a las personas poderosas que manejan las cosas.

Esta paradoja, también, se da en cada época. Recibe menos atención que la otra paradoja, porque la gente que paga los estudios de los “problemas”, sociales y políticos, y por las demostraciones como esta, son ellos mismos “viejos” o al menos gente “mayor”, y no se piensan a sí mismos como hinchapelotas. Esto pasa repetidamente a lo largo de la historia, aunque escuchamos menos sobre esto porque en general es la gente mayor la que escribe la historia.

Necesitamos un poco de simetría en esto.

¿Qué es la simetría? Gente que estudia la ciencia hace tiempo decidió que tendrían que hacerle a la ciencia moderna profesional las mismas preguntas que se le hacían a la ciencia “primitiva” (o ciencia “amateur” o ciencia “falsa”). Si cuestionamos las premisas fundamentales de la ciencia de la navegación de los isleños de Trobriand que describió Malinowski, o apuntamos a las fallas de método y lógica que caracterizan los estudios empíricos de uso de droga por parte de usuarios de LSD o marihuana, o nos burlamos de la gente que encuentra buenos lugares para cavar pozos apuntando con un palo hacia el suelo o toman decisiones de negocios basados en la posición de las estrellas –entonces tenemos que ver que la ciencia moderna no siempre evita estas mismas fallas.

Los estudios sociales de la ciencia hicieron grandes progresos al adoptar la regla propuesta por Bruno Latour, que dice que él “cree en la ciencia” prácticamente tanto como los propios científicos lo hacen. Una revisión minuciosa de la práctica científica contemporánea muestra que siempre creen en lo que creen provisionalmente, y que considerarían de nuevo (si la situación amerita) otra mirada a aquello en lo que creen. Con frecuencia cambian su punto de vista. De hecho, probablemente sea una mala idea para los científicos (o para cualquiera) “creer” en ideas. Sería mejor solamente aceptar las ideas que la evidencia sostiene, en tanto lo haga y por no más tiempo que eso.

La juventud tiene sus propias ideas. Los mayores tienen las suyas. **En casi todas las sociedades, la gente mayor** controla la distribución de recursos escasos, controla el poder de policía del estado y, lo que es más importante, **controla la decisión de cuáles ideas son buenas, correctas, cuerdas, sensibles**, y así sucesivamente.

A la juventud se la culpa habitualmente por los problemas de la sociedad. (Lo dije antes, y lo digo de nuevo. No lo puedo decir lo suficientemente seguido.) Los estudiantes no se esfuerzan lo suficiente. Es por eso que no aprenden lo que deberían. ¿Cierto? Tal vez no. A lo mejor los profesores y las escuelas no enseñan apropiadamente. A lo mejor es por eso que los estudiantes no aprenden lo que uno quiere enseñarles.

Prueben esto en algún área que conozcan. Yo lo hice, con el siguiente resultado. Los músicos de jazz más viejos se quejan de que los músicos jóvenes “no saben canciones”, esto es, las canciones que los más viejos crecieron tocando y que consideran un repertorio mínimo para que un músico competente sepa tocar. Es verdad, los músicos jóvenes no suelen saber todas estas canciones, y eso genera problemas cuando una banda reunida sin previo acuerdo tiene que tocar junta sin un ensayo.

Los músicos más viejos, sin embargo, no saben las composiciones más complejas con la que crecen los más jóvenes. Pero, como los músicos más viejos tienen más control sobre el trabajo y las oportunidades para tocar, esto genera menos problemas a la hora de organizar actuaciones colectivas. Los músicos más viejos no necesitan saber las composiciones más nuevas. Ellos pueden simplemente decir “No, nosotros no tocamos eso”.

Simetría: **Ambos grupos “no saben canciones”, así que no se puede tomar esa observación como un “hecho”** que explica qué es lo que está mal con los músicos más jóvenes y por qué el negocio de la música se está yendo al diablo.

La simetría da sus frutos al dar un entendimiento de la situación, lo cual es bueno ya sea que se sea un sociólogo tratando de entender una organización social, un musicólogo tratando de entender el desarrollo de un género musical, o un músico de jazz tratando de salir adelante en el mundo del jazz contemporáneo.

**La “juventud” es un término relacional. No describe una característica estable** de una persona o un grupo. Dice qué lugar ocupa una persona o grupo en relación con otra persona o con algún otro grupo. Los “jóvenes” son más grandes que los “adolescentes” pero más jóvenes que los “adultos”. Eso es un significado posible. Pero **esta descripción relacional inofensiva conlleva otros matices, menos inocentes**, menos simétricas, y menos neutrales a las que debemos estar atentos.

¿Es bueno ser neutrales? ¿No deberíamos estar engagé? ¿“Tomar partido” con orgullo? Eso suena como una cosa valiente y algo bueno por hacer. Pero no creo que sea tan buena idea. Habrá momento para tomar partido después de que realmente entendamos qué es lo que está pasando en una situación. Si tomamos partido tempranamente, desarrollos posteriores seguramente nos harán dar algunos tumbos.

En realidad no hace falta que ninguno de nosotros –científicos, académicos, intelectuales o ciudadanos corrientes– tomemos partido, que decidamos quién está acertado en estos conflictos. Cuando lo hacemos, no afectamos el resultado en lo más mínimo. Los intelectuales y académicos suelen sobreestimar su influencia en las cosas.

La prudencia nos recuerda que todos ocupamos en algún momento todas las posiciones en el sistema de las edades. Ya ocupamos algunas posiciones. Y el resto ya vendrá.

¿Cómo te va a sonar lo que dijiste y pensaste cuando seas mayor? Pensá en lo que dijiste cuando eras más joven. No creo en fantasmas, pero las palabras vuelven para acecharnos.

Pensar sobre la juventud me hace pensar sobre mi propia edad y generación. Voy a tener ochenta para cuando lean esto. Me equivoqué más veces de lo que me podría haber imaginado. Mi generación, estoy tentado a decir, se equivocó incluso más de lo que yo mismo lo hice. Y, ¿sabén qué? No es para tanto. **La gente que no es de tu edad no está invariablemente en lo cierto, pero tampoco invariablemente equivocada.**

Muchos de nosotros nos sentimos jóvenes aún cuando no lo somos. Y por supuesto, lo mismo pasa en sentido contrario.

¿Por qué dije “Veintitrés ideas”? Fue una decisión arbitraria y ahora no puedo pensar en la última. Qué lástima.

## La GENTE y el PA'MÍ; SEGÚN RODOLFO KUSCH

CAPÍTULO: "El mito de la gente". Del libro DE LA MALA VIDA PORTEÑA [1966]

Obras completas (2007). Tomo I, pp. 359-366

Pero aunque uno esté solo y esperando, siempre hay alguien más en la gran ciudad. Cuando caminamos por la calle y nos chocan decimos: ¿Cómo anda la gente o "La gente no sabe caminar". Cuando un familiar hace algo indebido, decimos: "¿Qué dirá la gente?". Queremos participar de una fe colectiva y expresamos: "La gente cree". Cuando nos vemos apremiados a usar alguna prenda que nos desagrada, sancionamos: "La gente usa". Evidentemente la gente hace cosas, las usa, aconseja y se mete además en lo que no le importa.

Pero conviene ajustar su sentido. El término *gente* es usado más bien por las mujeres. Ellas siempre personalizan. Nosotros los hombres, en cambio, parecería que no creemos en la *gente*, porque siempre decimos "¿qué m'importa la gente", especialmente cuando discutimos con la novia, quizá porque nos gusta contrariar a la mujer y hacerle creer que somos más libres y menos prejuiciosos que ella.

Sin embargo usamos un equivalente de *gente* y es *se*. Decimos *se hace, se dice, se cree*. Se diría que la mujer cree en un tipo de gente que nosotros despersonalizamos, y lo sustituimos por un simple *se*, que hace las mismas cosas, al fin y al cabo, que la *gente*.

Pero en ambos casos hablamos como si la ciudad estuviera habitada por dos entidades, por una parte mi *yo* y por la otra, la *gente*. Mejor dicho, *yo* y, los *otros*. ¿Y quiénes son los *otros*? Pues los que hacen la ciudad, porque son los que crean las fábricas, los empleos, las ocupaciones, nos dan de comer, nos imponen funciones, nos coaccionan y nos vigilan y es inútil que digamos *qué m'importa la gente*.

Pero vamos al café y ahí ni siquiera decimos *gente*. Ahí decimos *se vamos*. ¿Y qué significa eso? Ponemos el verbo en primera persona, *vamos*, pero empujados por un sujeto neutro y abstracto, el *se*, que es lo mismo que la *gente* y que encarna a los *otros*. Por eso, cuando decimos *se vamos*, ¿no estamos diciendo en el fondo que *vamos*, pero porque nos obligan los otros, ese *se* que agregamos a la expresión? Y decimos también *qué m'importa*. ¿Por qué? Pues porque es el *se*, la *gente* o los *otros* los que nos obligan a importar algo. Nosotros en cambio nos sustraemos a esa obligación porque despreciamos a ese *se*.

¿Y qué contiene ese *se*? Pues una *manga*, una *camándula*, una *mersa*. Decimos *manga* con esa referencia a un conjunto de seres vivientes que saltan como langostas alrededor nuestro, o *camándula* como gente astuta que nos quiere envolver con una fe de la cual disentimos abiertamente, o *mersa* como simple cúmulo de personas a quienes suprimimos con el desprecio no dándoles *corte*; o *cría*, como si la gente consistiera en polluelos mal engendrados que carecen de esa tremenda madurez que nos atribuimos a nosotros mismos cuando nos tratamos de *viejito que se las sabe todas*. A todos ellos no les damos *corte* en esa tela de vida, de la cual cada uno de nosotros somos dueños, y que nos damos el lujo de negar a terceros para sumirlos mágicamente.

¿Qué pasa en todo esto? Pues que nos estamos escamoteando constantemente al *se* o *gente*, que nos obliga a hacer cosas que no nos gusta, y buscamos en el café una libertad que no teníamos. Durante el día acatamos las obligaciones de los *otros*, la *gente*, y a la noche nos rebelamos contra ellos y los pulverizamos, convirtiéndolos en *mersa*, *cría*, *camándula* o *manga*. Invertimos así el ritmo de nuestra vida y cortamos con un *qué m'importa* la vinculación con los *otros* para imponer nuestra propia legitimidad. ¿Y para qué? Pues para defender las cosas *sagradas pa'mí*, esas que recontamos a la noche, las gustamos o las vivimos pero siempre *pa'mí* y no *pa'los otros*. En cierto modo asumimos nuestro reino, porque la ciudad la hacen los *otros* durante el día, y a la noche la hago *pa'mí*. Por eso atrapo mi mesa en el café, mis amistades, o mis ocupaciones preferidas y ahí hago, como decimos *lo que me da la gana*.

Ahí, en cierto modo fundo mi propia ciudad, la ciudad *pa'mí*, esa que se concreta en mi casa, desde la puerta cancel hasta la pared medianera, por donde me mira el vecino, con ese ojo que es en el fondo un ojo avisor, como si fuera una avanzada de la *gente* que atisba todos mis pasos. Pero ahí *paramos* el carro como si la gente viniese en un vehículo fatídico a perturbar y destruir las cosas *sagradas pa'mí*. ¿Y cómo no vamos a ver entonces a la *gente* como langostas, o embaucadores o pollos inexpertos? Es el mundo que nos creamos para vivir, y cualquiera que *arremeta* será mal recibido. Si desde ahí decimos *yo* y no *pa'mí* será como si nos pusiéramos una máscara muy fea a fin de ahuyentar los demonios seguramente.

Pero a todo esto cabe preguntar: ¿Existe la *gente*? Sería absurdo pensar que no existen los ocho millones de habitantes que pueblan esta zona. Sin embargo, cada uno de nosotros piensa que los ocho millones restantes constituyen la *gente*, una simple palabra contra la cual adopta una serie de actitudes, ya sea en contra, o ya sea a favor.

En ese sentido la *gente* no es más que un fantasma que flota en torno nuestro y que nos asedia, o nos ayuda, o de la cual prescindimos cuando *nada nos importa*. Se diría que hemos empleado una cierta estrategia militar y hemos encerrado a los ocho millones en un bolsón, único efecto de ver cómo son, y poder tomar, frente a ellos, una actitud definida. En suma, hemos reducido el enemigo a un simple vocablo para torturarlo mejor. Casi como los diablos del viejo Miseria que fueron encerrados por éste en una tabaquera y cada tanto recibían su buena tunda de martillazos.

Y lo hacemos así sólo para delimitar cuidadosamente lo que es *sagrado pa'mí* de lo que es profano, y que es *pa'los otros, pa'la gente*. Dividimos al mundo en dos partes y, de un lado del foso, es *pa'mí* y, del otro lado, es *pa'los otros*. De un lado es la pura vida, y, del otro, la pura piedra o ese mecanismo barato que le atribuimos a la *gente* que siempre hace, compra, opina, usa, obliga, sin que uno sepa nunca *pa'qué*. Y ahí andamos saltando el foso y haciendo nuestras correrías entre los *otros* para atrapar las cosas sagradas *pa'mí* y nos traemos a casa el sueldo, algún regalo o una novia.

Pero es curioso que si allá los *otros* o la *gente* usa algo, nosotros no lo usamos: si allá se cree, nosotros no creemos, y si allá se afirma algo, nosotros lo negamos. ¿No es esto crear un juego que consiste en invertir las cosas, a fin de que podamos asumir la libertad de pensar que lo nuestro es siempre *sagrado pa'mí* y afuera todo es profano?

¿Y por qué lo hacemos? Pues simplemente porque ¿qué sería de la divinidad, sino hubiera diablo, qué sería del pintor si no hubiera materia y qué sería del bien si no hubiera mal? Sólo dividiendo así conseguimos cumplir con nuestra épica menor; la de estar en el fondo de la calle, siempre jugando entre las cosas *pa'mí* y las cosas *pa'los otros*, para sentir que nuestra vida corre de un lado al otro y tener siempre un sentido que la acompaña. Si yo no creo en lo que la *gente* cree, al fin y al cabo, me justifico mi vida. Y si yo creo en algo que no cree la *gente*, ocurre lo mismo.

Y es tan importante tener un sentido en todo lo que hacemos, pero tenerlo en las menores cosas de la vida, durante todo el día, no sólo en la forma de saludar a alguien, sino también en el trabajo, o en la simple manera como compramos un utensilio o como tomamos un vehículo. Si todo eso no tuviera sentido, no dudaríamos un minuto.

Por eso partimos el mundo entre lo que es *pa'mí* y lo que es *pa'los otros*, con la misma fuerza como si fuéramos uno de esos dioses de la antigüedad que se desdoblaban en dos héroes opuestos y éstos ordenaban el mundo. Así lo ordenamos, ya que nadie nos ha ordenado nada a nosotros. Con esta *gente* que nos hemos inventado vamos poblando el mundo con nuestro orden, diciendo simplemente sí o no a lo que la *gente* piensa.

Claro que esto cansa. Tener siempre un fantasma alrededor que nos indica lo que debemos hacer, y ante quien siempre tomamos posiciones, nos lleva a sentirnos muy solos. Cuántas veces recurrimos entonces a un amigo sólo por charlar y suspender en parte esta tensión de estar dividido uno mismo entre un *pa'mí* y la *gente*.

Pero debe ser un mal del siglo XX. Porque si en la antigüedad la divinidad se desdoblaba en dos héroes y éstos creaban el mundo, el creyente podía volver a superar esa división original del mundo, volviendo a contemplar la unidad en el mismo dios que lo había creado.

¿Y qué unidad puede brindarnos nuestra gran ciudad, para superar esta división entre *uno* y los *otros*? He aquí el problema. ¿Cómo hacer para aceptar a la *gente* sin perderse uno mismo? Nuestro país se ha hecho entre extremos opuestos, y siempre hay alguna *gente* que pide algo que no podemos hacer. Siempre terminamos reforzando nuestro lugarcito sagrado, levantando bien la medianera para que el vecino no atisbe las pocas cosas que tenemos.

Porque la cuestión tampoco está en simular ser dioses. Es tan fácil simular. Se puede ser profesional, docente, capataz, o tener un negocio y con los centavitos sonsacados al cliente amasar un pequeño capital. También se puede ser coleccionista, estudioso, jugador de fútbol, grosero, educado, culto y todo esto como una forma de salir de uno mismo y hacer las cosas *como la gente*, o, mejor, para la *gente*. ¿Y eso es todo? Algo

falta en todo esto, porque es como si jugáramos a ser dioses, con un simple puente que nos saca de adentro para llevarnos hacia los *otros*. Esto es práctico, ¿pero logramos así la felicidad?

Ante todo, ¿Por qué seguimos igual buscando cosas *sagradas pa'mí*, rateándolas entre la *gente*? ¿Acaso esas cosas *sagradas* son sólo para tenerlas? ¿No sera también para amarlas? ¿Qué tremenda falta de afecto nos habrá llevado a dividir el mundo entre lo que es *pa'mí* y lo que es *pa'los otros*? ¿Acaso no decimos *pa'mí*, como si tendiéramos un cordón sanitario para no contaminarnos con los vientos helados que soplan del otro lado? Si decimos *cría, mersa, camándula*, o lo que fuera, será porque denunciarnos ese mecanismo gratuito de una ciudad gobernada por *gente* que todo lo hace, pero que nada tiene que ver con esta sed de afecto que encierra nuestro *pa'mí*. Por eso la *gente* sirve para que uno se encierre más en sí mismo, como para guardar su afecto, y prevenirlo, simplemente porque es demasiado fácil lo que la *gente* hace y demasiado frío.

También para Gardel fue fácil. Pero él hizo al revés de como quiere la *gente*, porque cantó de adentro para afuera, con todo el afecto, y no anduvo juntando el canto afuera para cantarlo sin compromiso como una máscara. Y cómo nos gustaría a nosotros hacer lo mismo: trabajar desde adentro, estudiar, escribir, conversar siempre desde adentro, con ese margen de amor que nos sobra en el *pa'mí*, para no ver ni *gente* siquiera, sino todos, a los ocho millones, como *sagrados pa'mí*. Pero no hay caso, siempre viene la *gente* y lo estropea todo. Por eso nos resignamos y decimos *en el fondo no conviene meterse con la gente*. Y ¿eso es verdad? Y si lo fuera, y si realmente queremos andar bien con todos, ¿por qué decimos *me salió el indio*? Veamos.

## 1. UN CHETO PARA MI PAÍS

LA RESPONSABILIDAD SOCIAL EMPRESARIA ES TAN FÁCIL DE CRITICAR COMO DECIRLE A LA CAJERA “NO, NO QUIERO DONAR MI VUELTO”. PERO DETRÁS DE LA FACHADA DE FILANTROPÍA Y MARKETING HAY UN UNIVERSO MÁS COMPLEJO: ALGUIEN QUE NO TENÍA NADA AHORA TIENE ALGO. ¿QUÉ ES ESO? ¿UNA IMPOSTURA QUE EMOCIONA AL QUE LA RECIBE Y AL QUE LA DA? UN TECHO PARA MI PAÍS ES EL TUTORIAL GLOBAL PARA FABRICAR UN PARCHÉ AGUJERADO. SIN EMBARGO, PARECE QUE NO SUMA CERO.

TERRITORIOS [MALES RAÍCES/PONELE GARRA/PAINTBALL CON DERECHOS HUMANOS]

Por Julia Muriel Dominzain [en revista crisis] 09 de Noviembre de 2013

Chetos haciendo casas de mierda. ¿Será que podemos decirlo así? Veamos: lo que construye Un techo para mi país en ocho provincias argentinas y 19 países de Latinoamérica es un rectángulo de madera de pino de tres metros por seis –apenas más ancho que un container del puerto–, sin aislante térmico en las paredes ni en el piso, sin electricidad, sin baño, sin cocina y con un costo final de 11 mil pesos, lo que sale hoy un Fiat 147 modelo 91. En invierno hace frío, mucho frío y va a hacer calor, mucho calor, en verano. Mear, se mea afuera. Cocinar, donde se pueda. Quince palotes de 30 centímetros separan el piso del barro: viento que pasa por abajo, viento que entra a la casa. Con ustedes la primera trampa de Techo, la semántica: decir “techo” queriendo decir, remitiendo, implicando, equivaliendo a, dos puntos, vivienda, hogar, calorcito, dignidad, mate, guiso, derecho, la vida con casa propia. Como si de verdad Techo (techo) fuera una casa.

Hay, entonces, una casa presunta y una impostación –a la que da igual si llamamos “trampa semárketing 2.0”, “discurso magnético” o “mantra naif”– detrás de la cual hay un caudal de chicos de entre 18 y 30 años, estudiantes de negocios en la UADE, de psicología en la upé, de ingeniería en el Salvador, todos bienintencionados y convencidos: “Buscamos eliminar la pobreza en Latinoamérica”. Eso dicen, repiten, los 600 voluntarios argentinos que se levantan los sábados a la mañana para poner el cuerpo, ir y construir en los más de 98 barrios y asentamientos de todo el territorio nacional en los que trabajan desde 2003. Son los mismos que ahora recalculan: “Sí, sabemos que construimos una vivienda de emergencia, no definitiva, pero hacemos trabajo comunitario y queremos incidir en políticas públicas y soluciones definitivas como la propiedad de la tierra y servicios”. Son los que decidieron que en Techo –ahora se llama así, cortito–, una ONG financiada por grandes multinacionales, no se hablará sobre las causas estructurales de la pobreza: “No buscamos culpables, hacemos”, sentencian. Clavar maderas y emparchar el sistema, sin preguntar por qué. Dale.

Julio, un vecino del barrio Los Quinchos de Florencio Varela que está a punto de entrar por primera vez al lugar en donde vivirá con sus cuatro hijos, su mujer y sus dos nietos, no tiene objeciones, por qué las tendría. Julio es evangelista, verborrágico, changarín y no está pensando en qué le corresponde al Estado y qué no, ni le interesa descubrir los signos ocultos de violencia simbólica o definir si esto califica como caridad, como asistencialismo, o como qué. Julio, que hasta hace segundos vivía bajo chapas inconexas, entre retazos de ladrillo unidos por algo que debía ser fe y sobre el barro directo, está llorando. Está llorando mucho y sabe que si llora apenas un poquito más, ya no podrá hablar. Entonces lo controla, porque quiere decir algo, de corazón: “Muchas gracias a la empresa y que Dios les bendiga”.

Pausa a todo. Zoom en Julio. Big bang: miles de Julios le agradecen a las empresas por tener lo más parecido que jamás han tenido al derecho constitucional a la vivienda digna. Y todo gracias a que Techo tiene la fórmula para conectar a los que no tienen ninguna con los que la tienen toda y hacerlo lucir lo suficientemente atractivo como para que, en diez años, ya hayan participado 40 mil voluntarios argentinos en la construcción de seis mil viviendas de emergencia. Una vez más, la multinacional tiene el mejor disfraz de la fiesta, cae bien parada, nos mira a todos y nos dice: ¡Charaaaán! ¿Ven? Podemos hacer negocios y, a la vez, ser socialmente responsables.

El modelo de financiamiento de la organización no se limita a las colectas masivas en la calle con globos ni a los socios individuales vía tarjeta de crédito ni al redondeo de vueltos en hipermercados ni a las catas

de vinos ni a los torneos de golf ni a las galas de famosos ni a las alianzas anuales con grandes compañías. Tienen, además, un producto estrella inspirado en la moda del voluntariado corporativo que es, a su vez, una expresión del oxímoron que surge a mediados del siglo XX en Estados Unidos: la filantropía empresarial. “En el plan ‘Construí con tu empresa’ les pedimos plata pero también que vengan, se involucren y vean la realidad de primera mano”, explica Ana Ramírez, subdirectora de Desarrollo de Fondos de Techo en Buenos Aires. Funciona así: las compañías donan el doble del costo de la cantidad de casillas que quieran –la plata que no se usa ese día va para el financiamiento general de la ONG– y mandan empleados propios para que trabajen en la construcción. Va gente de las más variadas jerarquías y áreas porque no importa que no tengan conocimientos previos: las casillas están pensadas para que un tutorial de Youtube y un fin de semana alcancen. Ese es el combo que eligieron, por ejemplo, General Electric, Banco Santander, Chevron, Zurich, Disney, Coca Cola, Molinos, Johnson y Johnson, Arcos Dorados y el gigante de las telecomunicaciones Claro, que ha invertido en 160 casillas para diferentes zonas del país. Teniendo en cuenta solamente las diez que se acaban de armar en Florencio Varela, Claro aportó 220 mil pesos y más de cien empleados.

Por eso Julio agradece a la empresa. Porque hace 48 horas que, en un barrio del segundo cordón del conurbano que no figura en los mapas, él, su familia, cuatro jóvenes voluntarios, una chica del call center, un gerente y su hija, un administrativo contable y uno de recursos humanos se esfuerzan, almuerzan, entierran, martillan, transpiran y se emocionan a la par. Ya lloraron una vez, cuando la casilla estaba por echar raíces, cuando enterraron el quinceavo y último palote que hace de base. En ese momento hubo que escribir un deseo en un papelito, que fue leído en voz alta y arrojado a la Pachamama. Una de las voluntarias dijo: “Nada, quiero desearles que esta sea la base del futuro de la familia, nada, y que sean muy felices, nada”. Ahora que está todo listo, que cada clavo sostiene lo que se suponía, que las vigas están en perfecta cuadrícula, que la chapa ondulada del techo está recubierta de lana de vidrio y que hasta colocaron los globos de colores en la puerta, se dará comienzo al último ritual del fin de semana. Toda la cuadrilla se dispone frente a la entrada, con las remeras sucias, el pelo descontrolado y las zapatillas semi-enterradas. Un primer plano de sus ojos ilustraría que no están pensando en que mañana es lunes y etcétera, sino que están mirando para acá. Un plano detalle de las uñas llenísimas de tierra certificaría que se puso el cuerpo. Julio y sus hijas caminan hacia la puerta incómodos con el show pero contentos con la casa recién horneada. Alguien les alcanza una tijera y Julio corta la cinta inaugural. Después se dan vuelta sin saber qué más hacer. No está el productor de Sorpresa y media para indicarles a qué cámara mirar y no suenan violines. Tampoco hay un cartel luminoso, pero la auténtica tribuna aplaude, grita, festeja, se alegra y piensa: la puta que vale la pena ayudar.

El mismo modelo que le ofrecen a las empresas es un éxito con colegios secundarios privados –un curso junta dinero y va al barrio–, con familias –donan y la levantan con sus propias manos los tíos, primos, cuñados y sobrinos de algún voluntario– y con Jeff, un estudiante de Relaciones Internacionales de Massachusetts que acaba de terminar, a pocos metros de aquí, la casa número 11 del fin de semana. Este proactivo norteamericano pagó cuatro mil dólares por la experiencia y viajó especialmente para terminar sorprendido por el “sentido de trabajo en equipo”. Cuenta Jeff que cuando llegó al terreno en el que construiría por primera vez, el vecino se le puso a hablar efusivamente, que él no supo ni cómo avisarle que no hablaba español y que “it was so funny” (fue tan divertido). También cuenta que quiere construir bife, danza y vino argentino, pero que eso será más tarde. Jeff se contactó con Techo a través de una sucursal que la organización acaba de abrir en Miami para atraer fondos de organismos internacionales y privados y trabaja en una ONG de Holy Cross, una universidad que comparte con Techo sus orígenes jesuitas. Todo tan Papa Francisco.

Acaba de terminar la segunda y última jornada de voluntariado corporativo con Claro en Florencio Varela y ¡felicitaciones!, ganaron todos. Ganaron los empleados, que están exultantes y adrenalínicos esperando a que llegue el micro que los devolverá a la capital. “Es copado saber que una compañía te apoya y te mueve a hacer una cosa así: es un orgullo ser parte y yo estoy feliz”, dice la encargada de comunicación interna de Claro. También ganaron los voluntarios de Techo como Mer, Pato y Vicky, que reconfirmaron su compromiso y ahora están sentadas a un costado debatiendo si da o no da llevar al chongo de turno a la próxima construcción. Ganó Claro: no porque “deducen impuestos” como nos encanta decir cuando Coto nos pregunta si queremos donar el vuelto sino por cómo opera la autoindulgencia del buenaccionismo y la solidaridad autocelebratoria. Ganó Claro hacia afuera, si quisiera difundir sus acciones. Pero principalmente ganó Claro hacia adentro: el sector de Recursos Humanos se relame porque “en vez de ir a un Paintball, se estimula el laburo en equipo

ayudando a alguien”, explica un voluntario. Ganó Jeff, que volverá al Norte a contarle a los suyos sobre el asado, el tango y el team spirit que nos caracteriza a los argentinos. Ganaron Julio y diez familias más que tienen un lugar adónde entrar. Ganó un barrio desconocido porque alguien le dio bola. Ganó Carlos Slim, dueño de Claro y número 1 en el ranking de Forbes, porque tiene una empresa con empleados más motivados y –como dice el slogan de Techo– “vínculos fuertes como una casa”. Cambio y fuera. Hay algo pornográfico en que gane Julio y gane el tipo más rico del mundo.

La casilla no es gratis para todos y todas, sino, más bien, para nadie. El acuerdo es transparente: el que depositó voluntad, recibirá voluntad y hay tres dispositivos para medirla: quien quiera una casilla debe pagar 720 pesos, asistir a dos reuniones y participar activamente de la construcción. “Lo de la plata es simbólico, para que demuestren su compromiso y digan ‘mirá, me rompí el lomo’”, comenta Victoria, por más que con 720 pesos simbólicos se comprarían cien litros de leche simbólica, o 40 kilos de arroz simbólicos, y todos quedarían simbólicamente alimentados. Lo de las reuniones es excluyente: “Si no vienen, se les desasigna”. Y lo de construir codo a codo es para alejarse del concepto de asistencialismo, al que en Techo le temen profundamente. Al pobre se le exige: “Observamos que haya intención de salir para adelante y mucha voluntad para lucharla”, describe Ana Ramírez. Techo no es para los pobres a los que les gusta ser pobres. Entonces, a los que no perdieron las esperanzas, la ONG tiene mucho desarrollo comunitario para proponerles: “Nosotros trabajamos para dejar de existir; queremos crear comunidades que no nos precisen, autónomas”, explica Victoria Moreno, veintipocos años y jefa de Comunicación Interna de Techo Argentina. Por eso, en los barrios, funcionan juegotecas para los niños, mesas de discusión con los vecinos, talleres de oficios, apoyo escolar y un programa de microcréditos inspirado en el bangladesí Muhammad Yunus. Este banquero, Nobel de la Paz y referente ineludible de la organización escribió en su libro *Creando un mundo sin pobreza*: “Los pobres son las personas bonsái a quienes la sociedad no les ha permitido el suelo auténtico: si les permites oportunidades reales, crecerán tan alto como todos los demás”. Yunus creó el Grameen Bank, la primera financiera que repara en que los pobres también pueden devolver dinero. Bajo esa misma lógica, Techo da microcréditos. Ahora sí, ahora sí: salir de la pobreza no depende de otra cosa que de la decisión y disposición de los individuos.

Cada fin de semana, Techo despliega entre 600 y mil jóvenes por las zonas más necesitadas de la Argentina. ¿Cuáles son? No les hace falta que se las cuenten porque ellos mismos tienen un área de “catastro” que se ocupa de buscar los asentamientos de todo el país, relevarlos y difundir los resultados. Según el informe que se va a presentar a fin de este año, trabajaron 700 voluntarios, aseguran haber abarcado el 60 por ciento del país y mejoraron su metodología: “En un país normal, el no tener título de propiedad sería suficiente, pero acá, al haber tanta informalidad en los servicios y tenencia de la tierra, fue más difícil diseñar el método”, explica Juan D’Attoli, Director Nacional de Catastro en el Centro de Investigación Social de la ONG. “En el informe de 2011 había errores: con los parámetros que usábamos, podía entrar un country como asentamiento”, comenta Moreno respecto a la información que fue tapa de la mayoría de los diarios. “Lo más importante es que sabemos dónde hay asentamientos y queremos que los municipios usen los datos para generar políticas públicas”, asegura D’Attoli. “Estamos en los barrios”, subraya.

Están. Un sábado de agosto, mientras en Los Quinchos construyen, en Virrey del Pino dan microcréditos y en Córdoba relevan, en el barrio IAPI de Quilmes alguien está tirando de la punta de un ovillo para definir quién será el próximo en recibir una casilla. Ese alguien es Mariano, tiene 24 años y sigue el procedimiento de rutina: visita a las familias, les hace una encuesta, pasa los resultados por el filtro del sentido común y escribe “prioridad dos puntos” y lo que corresponda: alta, media alta, media, media baja, baja. En esa primera operación, se va la suerte del tipo sin casa.

La casa de Esteban –un hombre de 26 años que vive con su mujer y su hija de siete– es de barro y se va deshaciendo un poco con cada lluvia. Mariano pregunta por los ingresos, pregunta por los servicios. Y anota. Mariano mide a ojo el metraje y el estado de las paredes. Y anota. Mariano consulta si algún familiar tiene una enfermedad y si hay embarazos no deseados. Y anota.

—¿Cuáles son las problemáticas que más te preocupan del barrio? Te digo las opciones: vivienda, trabajo, drogas, violencia, delincuencia, basura, embarazos no deseados, falta de escolaridad— revolea.

—Violencia, delincuencia— balbucea Esteban.

—Perfecto. Basura te la tildo, porque se las tildo a todos, viste – decide-. ¿Qué te gusta del barrio? Si es que te gusta algo, eh. Si no, pongo “nada”.

—Es tranquilo. . .

—¿Tranquilo? Me decís que hay violencia y delincuencia ¿pero te parece tranquilo?

Mariano es así, lógico, relajado. Como todos en esta organización, Mariano interactúa con los vecinos simulando que son sus iguales. “Yo esa casa no te la construyo porque hay un conflicto con la familia de atrás: cuando es así, evitate un quilombo”, dice Mariano, mientras pide más ketchup en su hamburguesa. La vendedora, que ya lo conoce, que ya lo ha visto por el barrio, le comenta que está sorprendida de que estén ahí ese sábado porque justo es feriado. Y Mariano responde: “¿Cómo no íbamos a venir? La pobreza extrema no conoce feriados”. 10 mayo, 2017

## 2. RESPUESTA A REVISTA CRISIS

Luego de la nota publicada en la última edición de la Revista Crisis sobre nuestra organización, titulada “Un cheto para mi país”, nos vemos en la necesidad de aportar algunas reflexiones al respecto.

En primer lugar, nos gustaría aclarar que concedimos la entrevista como a cualquier periodista independiente o trabajador de un medio de comunicación, brindando y poniendo a disposición la información solicitada y el tiempo de voluntari@s y directores que acompañaron a la periodista en las actividades donde solicitó participar. Consideramos que el artículo recorre diferentes actividades y experiencias dentro de la organización con una mirada peyorativa, invalidando el trabajo de miles de voluntari@s y vecinos de asentamientos y villas del país donde trabajamos; editando y recortando algunas citas acomodadas para generar un sesgo en sus conclusiones. Desde la bajada de la misma, “Chetos construyen casas de mierda”, se puede vislumbrar el desprecio y el preconceito con que fue concebida y desarrollada la nota. Se insiste en el lugar de procedencia de aquellos voluntari@s que participan en este espacio, retomando conversaciones privadas, aisladas y fuera de contexto; las universidades y las empresas donde participan parte de ell@s, como una marca distintiva que lo único que reproduce es un estigma que desacredita los resultados del trabajo conjunto en los barrios y el compromiso con las familias que viven allí, “fuera del mapa”. Se omite así, que el mayor porcentaje de voluntari@s viene de las universidades públicas de todo el país, que participan como voluntari@s vecin@s de los barrios donde trabajamos y que gran parte de nuestro voluntariado en Buenos Aires proviene del conurbano bonaerense y La Plata. Uno de los grandes valores de TECHO es la diversidad, la cual vamos a seguir promoviendo, ya que creemos enfáticamente en la misma. La “casa de mierda”, a la que nosotros llamamos vivienda de emergencia y las familias “mi casa”, es un módulo habitacional que brinda una solución concreta a una problemática de gran escala en el país. Una vivienda que soluciona de forma masiva y con celeridad la urgencia en la que viven muchas personas sobre el barro, hacinados, que se mojan cuando llueve, que padecen la humedad en forma de enfermedades, una situación que impide separar núcleos familiares y que los chicos tengan espacio para estudiar y jugar. Quizás sea difícil de entender para alguien que nunca vivió así. L@s vecin@s con los que trabajamos conjuntamente sufren la precariedad de sus viviendas todos los días y por eso aceptan y reciben con mucho entusiasmo, la oportunidad de mejorar su calidad de vida, de otra manera no lo haríamos. Es por lo menos lastimoso que todavía haya quienes sostengan que una persona que vive en situación de pobreza, como puede ser Julio, vecino con quien construimos y a quien la periodista se refiere en la nota, no es capaz de objetar y decidir sobre su vida. Como si su opinión no tuviera valor o si su sentimiento de agradecimiento ante la construcción de su vivienda careciera de calificación y de sentido. Julio, como las 6.023 familias que construyeron su vivienda de emergencia, la resignifican y apropian convirtiéndola en su hogar, donde por lo menos la lluvia ya no se filtra en los colchones. Somos los primeros en saber que la vivienda que construimos no alcanza para superar la pobreza estructural en la que viven desde hace varias generaciones muchas familias en Argentina y que está lejos de ser la solución definitiva al problema del hábitat y acceso al suelo; de satisfacer plenamente los derechos consagrados en nuestra Constitución Nacional. Por ello decidimos trabajar de manera articulada con los distintos niveles del Estado, generando información y poniéndola a disposición para el diseño y ejecución de políticas públicas, que son las únicas capaces de modificar sustancialmente las condiciones del conjunto de nuestros pueblos.

Sin embargo, también estamos convencidos de que la construcción de la vivienda de emergencia representa una mejora palpable y que vale la pena seguir realizándola mientras que exista la emergencia.

En cada construcción, el trabajo se ordena dentro de un compromiso y la exigencia de una contraparte del 7% del valor de la vivienda, que basado en nuestra experiencia luego de 10 años, genera mayor identificación de la familia con la vivienda y el fin con el que es construida. Este criterio es validado por las comunidades con las que trabajamos y para lo cual realizamos asambleas participativas en donde consensuamos esta modalidad. Creemos que un proyecto es inviable si no se consensúa y se construye de manera participativa, y por esto generamos espacios de intercambio con las comunidades. Si hay una bandera que nuestra organización siempre alzó fue la condición estructural de la pobreza en nuestra región que de ninguna manera adjudica culpabilidad a sus principales víctimas: las personas que viven mal involuntariamente.

La autora señala que nuestro trabajo es vacío, que no cuestiona las causas de la pobreza, que no propone soluciones de fondo, por lo que nos preguntamos ¿Tendrá noción del impacto en la forma de percibir la realidad de tantas personas que jamás habían pisado un asentamiento?; ¿Estará al tanto de la participación de TECHO en HABITAR ARGENTINA?, iniciativa multisectorial que promueve cuatro leyes que buscan generar un marco normativo que garantice el derecho a la vivienda, la tierra y al hábitat. ¿Habría leído el relevamiento que hicimos junto a UNICEF para escuchar las voces de los adolescentes en villas y asentamientos buscando generar un insumo para el diseño de políticas públicas?; ¿Estará al tanto del Relevamiento de Asentamientos Informales que realizamos en los territorios donde vive más del 60% de la población y donde más del 50% de los asentamientos se originaron hace más de 25 años?; ¿Conocerá que vecinos de más de 80 barrios de todo el país se reúnen semanalmente en mesas de trabajo junto a voluntarios de TECHO para organizarse y planificar mejoras para la calidad de vida de su comunidad?; ¿Sabrá que TECHO toma como referente a la Cooperativa La Alameda para identificar empresas denunciadas por trabajo esclavo?; ¿Y que Villa El Tropezón en Córdoba, donde trabajamos hace varios años, acaba de firmar el acta de acuerdo para su urbanización?

Respecto a las empresas, elegimos involucrarlas en nuestro trabajo ya que consideramos que son importantes actores sociales y que la problemática requiere que se involucren en la misma. En una primera instancia les proponemos el financiamiento de soluciones temporales y que abran espacios de participación entre sus empleados, de cualquier jerarquía, que asisten de forma voluntaria en días extra laborales y donde la experiencia genera en muchos un cambio profundo de paradigma. Somos una organización independiente, y nuestro modelo de intervención no depende de ninguna de las empresas que nos apoyan. Tal cual describe el artículo, las donaciones de empresas no son nuestra única forma de financiarnos. Creemos en un modelo de financiamiento mixto, con mayor incidencia de las donaciones individuales recurrentes que garanticen la sustentabilidad a largo plazo de nuestro trabajo en el barrio y en la complementariedad con el Estado en soluciones estructurales. Siempre estamos abiertos a revisar la continuidad del vínculo ante la comprobada falta de ética o transparencia y a poder conversar con la empresa sobre las problemáticas que consideremos pertinentes. Consideramos que es importante debatir su rol en torno a la problemática de la pobreza. Respetamos otro tipo de opiniones al respecto y modelos de financiamiento diferentes en otras organizaciones.

A modo de cierre, nos gustaría destacar que estas líneas no buscan convencer a quienes no comparten nuestro proyecto pero sí plantear nuestra postura frente a los temas abordados y cuestionar la forma despectiva en la que fue escrita, basada en prejuicios que creemos no aportan en los temas de fondo sobre los cuales estamos trabajando.

TECHO – Argentina